



CARLOS MARZAL
Universidad de Virginia en Valencia
carlos.marzal@uvavalencia.org

EL VAGABUNDO Y LA CIUDAD DE LAS CIUDADES

RESUMEN

El escritor debe ser un paseante de la realidad, alguien que sale al mundo para andar y ver, para conocer y conocerse. La ciudad propia, las ciudades ajenas, son el escenario de la mirada, de la memoria, de los descubrimientos que nos salen al paso. Valencia es una ciudad espléndida para que el escritor, para que el paseante, fabule sobre ella. Es una ciudad literaria para quien sepa verla. Tiene una luz casi africana. Está llena de lugares felices: su cauce del río convertido en parque, su ciudad vieja, los tinglados del puerto, el mar. Cada cual debe descubrir su ciudad íntima. Aquí está la del autor.

PALABRAS CLAVE: Valencia, vagabundo, deambular, descubrimiento, intimidad.

ABSTRACT

A writer must be a walker of reality, someone who goes out into the world to walk and see, to know and get to know himself. One's own city, the cities of others, are the setting for the gaze, for the memory, for the discoveries that come our way. Valencia is a splendid city for the writer, for the stroller, to fabulate about it. It is a literary city for those who know how to see it. It has an almost African light. It is full of happy places: its riverbed turned into a park, its old city, the sheds of the port and the sea. Everyone must discover his own intimate city. Here is the city of this author.

KEYWORDS: Valencia, stroller, wandering, discovery, intimacy.

Al paseante meditabundo, le sucede con su ciudad lo mismo que a los filósofos con esa entelequia inaprehensible que a veces denominamos naturaleza, a veces lo real y a veces, cuando nos levantamos más cosmológicos de lo aconsejable, el universo. Todo lo que vive

en la exterioridad - todo cuanto es exterior a nosotros mismos y a nuestra conciencia - nos es dado y existe, mientras que no pensemos en si existe, ni en por qué ni para qué nos ha sido dado. Pero se nos deshace entre los dedos - entre los dedos del pensar, que quieren imprimir su huella sobre todo -, en el preciso instante en que comenzamos a explicárnoslo en palabras.

A los filósofos se les extravía la realidad en las palabras, se les multiplica el mundo, se les disuelve la naturaleza, se les esconde el objeto. Tal vez se deba a que la misma condición del lenguaje sea disolvente, corrosiva; a que el acto de pensar las cosas, en lugar de solo utilizarlas para nuestro disfrute, lleve aparejado su castigo. Quién sabe... Tal vez se deba a que la realidad se nos haya otorgado, no para que la entendamos, sino nada más que para tratar de hacerlo, para entretenernos en intentar descifrarla, y en especial para que la usemos. Un reputado escritor filosófico - de esos a quienes los filósofos niegan el derecho a pertenecer al círculo de la filosofía - dejó dicho que la vida no representaba un obsequio al que debiésemos encontrarle un sentido, sino un regalo del que había que saber alegrarse. Al vagabundo de su ciudad, le sucede con las calles y las plazas, con los edificios y los árboles, con los habitantes y los monumentos, con la luz y el clima, con el espacio y el aire, ese mismo fenómeno de desaparición que mantiene conversando a los filósofos desde que el mundo es mundo.

Mientras que no nos *marchamos a pensar* - porque para pensar en las ciudades no hay que pararse a hacerlo, sino que debemos proceder en tránsito, deambular, aunque estemos ensimismados entre las cuatro paredes de nuestra habitación -; mientras que no ponemos manos a la obra de levantar las ideas que tenemos sobre nuestra ciudad, somos sus sencillos habitantes, sus simples moradores. Durante la mayor parte de nuestras vidas, no hacemos más que un uso animal de la ciudad en donde despertamos, crecemos, trabajamos y dormimos. El disfrute irreflexivo de la ciudad nos la hace palpable en su evidencia. Aunque no nos detengamos a *mirarla*, la *vemos*. Aunque no pretendamos entenderla, nos la *sabemos* de memoria. El conocimiento que posee del lugar en donde vive todo aquel que no se toma la satisfacción de pensar en él - porque pensar no supone jamás una molestia, incluso cuando las molestias son la materia sobre la que pensamos - resulta siempre defectuoso. Además del puro vivir irresponsable de los sentidos y de los vehementes desahogos del corazón, una ciudad necesita también la conformidad que concede el pensamiento, la aquiescencia de nuestras meditaciones. Porque todo paseante, por el simple hecho de convertirse en tal, adquiere la categoría de filósofo de a pie. El mero andar laboral, el caminar anatómico no son actividades contemplativas, sino simples funciones fisiológicas. Pero el vagar, el divagar, el vagabundear constituyen disciplinas del espíritu. Un viandante es un averiguador, un inquiridor, un curioso de lo que ve y de lo que imagina, de lo que se le oculta y de lo que se le revela. Es decir, un filósofo en curso, un pensador al paso.

El hecho de emparentar vagabundeo y reflexión no resulta gratuito. Para ciertos estudiosos, el término *peripatético* designaba a los seguidores de Aristóteles, que recibían las clases del maestro mientras conversaban durante largos paseos. Aunque algunos refuten esta interpretación, por considerar que el término *perípatos* debe interpretarse según la acepción de *paseo cubierto* - el lugar en donde se alzaba el Liceo aristotélico - y no de *plática que se mantiene al pasear*, los supuestos errores de la etimología encierran un acierto profundo, una verdad de fondo. La de que el pensamiento necesita pasearse, andarse a descubrir sus mundos, caminar la realidad y recorrer incluso lo que supone más allá de ella. No sería difícil establecer una estirpe de filósofos y escritores andarines. Sin ningún ánimo de exhaustividad, pienso en los metódicos recorridos matinales de Kant, en las ascensiones a las montañas de Schopenhauer, en las caminatas interminables de Nietzsche por parajes solitarios - en donde tuvo algunas de sus revelaciones capitales -, en los paseos de Robert Walser, para quien la escritura y el deambular son una y la misma cosa, y en cuya obra la sintaxis y el argumento se construyen de camino a no importa dónde. En el ámbito cercano de la poesía, me viene a cuento el gran Claudio Rodríguez, andariego de su propio cántico, que confesaba necesitar de la marcha, a ser posible a campo abierto, para convocar la inspiración.

No sólo existe una genealogía de artistas caminantes, sino que me parece que se da una vinculación necesaria, en ciertos artistas, entre el vagabundeo y la materia de su arte. Quienes levantan el método de no tener método ninguno, quienes prefieren el hallazgo y la revelación a las catedrales minuciosas de los grandes sistemas, quienes no temen caer en contradicciones - porque la contradicción es muchas veces el único procedimiento no contradictorio para hablar de la vida -, quienes no tienen ninguna verdad esencial que transmitir, salvo la de que no existen las verdades esenciales, son artistas vagabundos. Y las ciudades, para aparecérsenos en su vastedad y en su minucia, en su miseria y en su gloria, necesitan también del contemplador ocioso, del aprendiz de mirón holgazán.

En los tiempos que corren, de culto irreflexivo hacia la producción - más que hacia el trabajo bien hecho - tiene muy mala fama la indolencia. Pero cualquier degustador de los bienes del espíritu sabe que las mejores obras nacen de la tarea que sigue a la haraganería contemplativa. Sin tiempo que perder, sin horas que malgastar en no hacer nada, sin una cierta despreocupación del cuerpo y de la mente, sin un dejarse llevar de los sentidos no se puede obtener nada duradero para el hombre. Hace falta mirar las nubes, levantar la vista hacia las fachadas, adormecerse en los parques, sentir el *spleen* de los domingos huecos. Es preciso desperdiciar las horas para ganar un tiempo hondo que diga algo primordial al corazón de quienes nos escuchan.

Si pretendemos que se nos aparezcan los paisajes, resulta necesario meditar sobre ellos, y para meditar sobre cualquier asunto debemos asignarnos el privilegio de la pereza creativa.

No es de extrañar que la mayor parte de los individuos tenga de su propia ciudad una visión opaca, municipal y espesa; pero que posea, en cambio, una mirada pródiga acerca de las ciudades que ha visitado en el curso de algún viaje. Se debe, claro está, a que un turista dispone, durante sus visitas ociosas, de la adecuada disposición de ánimo para *ver* la realidad a través del vitral del pensamiento, que es el filtro que concede volumen, color y calor a las cosas que miramos. Por lo común, descubrimos los misterios domésticos cuando nos marchamos lejos de casa, y comprendemos algunas de las virtudes de nuestro país y de nuestros conciudadanos, al sentirnos extranjeros en no importa qué otra tierra. (Como también nos sentimos extranjeros sobre muchas de nuestras costumbres nacionales, cuando nos sabemos conciudadanos de las patrias de adopción que nos atribuimos por derecho de errabundia.) Bien pensado, todo es cuestión de pensar bien y de adquirir la precisa distancia con respecto al mundo que nos rodea. Necesitamos apartarnos las cosas de los ojos, para recuperar la visión que nunca tuvimos o que se nos extravió en algún momento de nuestra andadura.

Para este oficio ambulante de filósofo callejero, de reflexivo gato merodeador, habría que inventar un término que lo definiera con exactitud lexicográfica, una nueva entrada para el diccionario de andar por libre y quedarse al raso. Los *civitósofos*, los *vilabundos*, los *filoerrantes*, los *civigrinos*. Nada es nada, o no es al menos demasiado, hasta que no tiene un nombre. Lo innominado no pertenece a la ciudad, no existe en ella. Todo tiene su nombre, o lo que resulta más acorde aún con las costumbres de uso y abuso de la ciudadanía con respecto a su ciudad, su sobrenombre, que es el nombre exacto que se les adjudica a las realidades que no se han bautizado, bien porque no se ha sabido, bien porque no se ha querido, creyendo que la inventiva anónima las dejaría inmaculadas. Las calles y callejones, los puentes y pontones, las murallas y murallones: no hay nada que no alcance su apelativo, su mote, porque no hay nada de lo que el ser humano haya construido que no este apuntalado mediante las palabras. La argamasa verbal es el alma de todo lo que se mantiene en pie o en el aire. Nuestras ciudades constituyen también una pirámide del decir, una fortaleza del hablar, un burgo de lo escrito, una aldea futura de lo por cantar. Aunque el aire libre constituye una forma de arquitectura - como dejó dicho Santayana -, las palabras construyen sólidas arquitecturas en el aire.

De estos nomadeos no puede desprenderse una visión íntegra de Valencia. En realidad, no *debe* desprenderse, para ser fiel a la única fidelidad que se impone el pensamiento nómada, que consiste en no aspirar jamás a lo perfecto, sino en tratar de dar cuenta parcial de lo fragmentario. El vagabundaje de la palabra aplicado a la ciudad supone una especie de clarividente abstracción sobre concretas imperfecciones, un castillo de naipes cualesquiera sostenido en el aire por nuestras cavilaciones sin rumbo.

¿Pero quién tiene, al fin y al cabo, una visión unitaria de las ciudades? ¿Quién puede dar cuenta de toda la urdimbre inextricable de vidas, edificios, radas, extrarradios, historia,

proyectos y arrabales que dan forma a Valencia? Una ciudad es un mundo, y nada ni nadie puede pretender explicar el mundo. La realidad - ya lo hemos dicho en nuestro paseo, ya lo hemos caminado en nuestro discurso, porque andar es volver a tropezar con las ideas - se convierte en arena que huye de nuestras manos, justo cuando pretendemos asirla. No hay *una* realidad, sino una realidad de realidades, como no hay nunca *la* ciudad, sino la ciudad de las ciudades. Para saber lo que Valencia es, habría que reconstruir la idea que todos y cada uno de sus habitantes pasados, presentes y futuros, tuvieron, tienen y tendrán de ella, con la totalidad de sus elementos contemplados al mismo tiempo desde todos los puntos de vista: una suerte de visión desde un *aleph* urbano, una forma de contemplación llevada a cabo por la divinidad, un imposible que sólo está al alcance de las quimeras verbales, capaces de inventar la divinidad, el aleph y el ojo que todo lo ve, todo lo comprende y todo lo guarda.

Por más que todos observamos algo en común, poco tiene en común lo que observamos todos. Aunque suponemos algo semejante en el mundo que nos alberga, lo que suponemos acerca del mundo que nos alberga poco tiene de semejante. A pesar de que existe un fundamento similar en aquello a lo que nos referimos, en aquello a lo que nos referimos no existe un fundamento demasiado similar. Cuando decimos Valencia, deberíamos de entrecomillar su nombre, o imprimir de inmediato un signo de exclamación, o un interrogante: Valencia (!), Valencia (?), “Valencia”. Pero por esa senda de la desconfianza y del escepticismo lo más probable es que no se llegue a ninguna parte, o que se llegue al silencio, que no es ningún buen puerto, ni de mar ni de montaña. (El silencio representa el atoladero adonde han ido a parar las ansias de pureza y de levedad de un buen número de poetas y filósofos del siglo XX, por plúmbeo e impuro amor a la paradoja de querer convocar un imposible - el silencio de la palabra, o las palabras del silencio -, cuando las palabras, si algo no saben hacer, si algo no pueden lograr, es estarse calladas, algo distinto de resultar mudas, lo que sucede por impotencia, por aspirar a la voz y estar afónicas, por pretender la canción y no saber más que desafinar.) Por el camino de la duda sin método acerca de todo lo que decimos, pensamos y suponemos ver y tocar, terminaríamos por arrebuarnos en algún rincón del universo, con miedo a articular la más insignificante de las palabras. Para escribir, para la vida, igual que para perderse por las ciudades, hace falta un grado severo de despreocupación, de impunidad, de desvergüenza. Las actitudes demasiado alerta, los temperamentos demasiado críticos de sí mismos, los paseos preconcebidos y escrupulosos, acaban en el desánimo, encierran una brizna última de tristeza, que debe ser combatida por la alegre inconsciencia de la creación, por la creadora e inconsciente alegría. Con esa inadvertencia, con ese atolondramiento, suelo transitar por la literatura, y es como me propongo - ya lo sabe el lector - escribir de “mi ciudad” (!), (?).

Las ciudades, que son de todos y ninguno en concreto, terminan por ser de cada uno de nosotros y de nadie en particular. Valencia se muestra siempre ella misma y distinta, como

cualquier otra, pero inconfundible, repetida y a punto de fundarse. Más que una esencia, tiene una evidencia, formada por la suma de las certidumbres de sus pobladores, sobre las que nada, o casi nada sabemos. A lo sumo, barajamos ciertas suposiciones acerca de nuestras propias certidumbres, que nunca son demasiado propias y que resultan las más de las veces inapropiadas, como nosotros mismos y nuestro pensamiento ambulante. ¿Cuál es la Valencia de comienzos del siglo XXI? Ni lo sé, ni creo que pueda saberse, ni me imagino que deba preocuparnos mucho. Después de preguntárselo a la humanidad entera, incluso a quienes no han oído hablar jamás de Valencia - porque nuestras ignorancias conforman también el carácter de nuestro saber -, seguiríamos sin tener una idea absoluta de la ciudad. ¿Qué tienen en común la Valencia de un emigrante que apenas entienda el español y el valenciano, con la de un nativo? ¿En qué se parecen la ciudad de quien vive en el centro y la de quien lo hace extramuros? ¿Hablan del mismo lugar un ciego y un vidente? Un arquitecto y un policía ¿contemplan de manera semejante el animal urbano que se tiende ante ellos? ¿Se puede decir con sensatez que el arco de aquel puente significa lo mismo para quien se pasea sin dirección bajo su sombra, que para quien a su sombra malvive? El paisaje moroso del anciano y la desmesura del niño ¿abarcen un espacio único? El rentista y el pluriempleado ¿pisan una plaza idéntica? Los aguaceros casuales de la gota fría, que se desmoronan cielo abajo con aires de fin del mundo, y que convierten Valencia y sus aledaños en un desaforado pantanal, ¿mojan con lluvia equiparable al labrador y al cirujano, al loco y al supuesto inquilino de la cordura, al solitario amargo y al enamorado que ya no cabe en sí de gozo? Lo cierto es que hay tantas Valencias como preguntas retóricas queramos formular. Y sin embargo, a todos nos acoge esa *como en sí misma al fin siempre cambiante*, por decirlo de una manera conceptuosa y perifrástica. Por afirmarlo con las artes del rodeo y el descarrío, del circunloquio y la circunvalación, que son los útiles con los que holgazanea el zángano de la colmena urbana.

Mis bosquejos de la Valencia del 2023 supongo que terminarán por dibujar mejor algo de mi temperamento que del auténtico rostro de la ciudad, pero ese fracaso forma parte de la substancia de la empresa. Porque las palabras acostumbran a decir más del decidor que de lo dicho, para que los psicoanalistas, entre otros, dispongan de materia sobre la que explayarse. Ahora bien, los esbozos de un temperamento cualquiera que se proyecta sobre su ciudad también representan una ciudad legítima de entre las infinitas ciudades posibles. Mi ciudad tiene tantos derechos de inexistencia como cualquiera de las inexistencias ciudadanas que quieran ponerse por escrito. Es más: en puridad, la única ciudad que posee verdadero derecho de inexistir aquí dentro es mi ciudad única, mi pura Valencia quimérica, privada y defectuosa.

El temperamento, el humor con que los escritores rompen a hablar, del todo y de la nada, de la ciudad y del campo, del ser y del no ser, constituyen un rasgo primordial de estilo, y el estilo supone una cuestión de estado en el país de la literatura. De estado de sitio - de cuál

es el sitio, el lugar, desde el que se nos habla -, y de estado de excepción - el modo singular e intransferible que tiene de hablarnos quien lo hace. Estar en estado, para un escritor, representa estar en la disposición adecuada para que su carácter se apropie de un paisaje verbal, para que el verbo se haga carne y carácter, y habite entre nosotros, como nosotros perdonamos a nuestros deudores y habitamos en nuestra ciudad. Amén: aunque aquí no acabe nada, porque cuando el talante rompe a hablar hay que permitirle sus tropelías y sus desmanes.

El buen o mal humor de los autores erige una visión del mundo con más propiedad que cuando los autores afirman erigir una visión del mundo. Y ese humor, agrio o dulzón, angelical o demoníaco, blanco o negro, conforma la ciudad respecto a la que escriben con la misma importancia que el cemento y el cristal, los jardines y los pájaros. La estructura física de las ciudades, su estricta materialidad, su rigurosa armazón *se encuentra* también en lo que se ha escrito sobre ella, de la misma forma que los hombres somos, *además*, lo que sobre el hombre hemos escrito, incluso puede que el ser no sea otra cosa aparte de las palabras que se han organizado para intuirlo, y que sea el ámbito de las palabras el único lugar donde pueda atisbarse algo de él. No que el lenguaje sea la casa del ser, sino que el ser sólo puede vivir en la casa del lenguaje, a duras penas, con violencia en la violencia loca del decir. De París no puede sustraerse, sin hacer que desaparezca tal y como la conocemos, ninguna de las cosas que se han escrito sobre ella: los versos displicentes y emotivos de Baudelaire, que cantaban su modernidad a flor de tiempo; y la prosa, esculpida en mármol, de Flaubert, para el héroe desencantado de *L'education sentimentale*; las alusiones del inconsolable César Vallejo, y los gélidos arqueos memorialísticos de Ernst Jünger. La amalgama de Romas que conforma Roma no es menos el actual trazado de Via del Corso que los *Anales* de Tácito, los versos de Giuseppe Gioacchino Belli o los paseos literarios de Stendhal, *il suo miglior fabbro peregrino*. Incluso los textos extraviados que sabemos que nos hablaban de las ciudades (y los textos que no sabemos si existieron y que ignoramos de qué hablaron) moldean su imagen física, porque engendran la del mundo, ya que nada puede suprimirse sin que se desmorone la totalidad, y entre todos lo sabemos todo y ese todo somos. De nuevo amén.

El humor - es decir, el temple, la temperatura - con que un escritor habla de su ciudad constituye la raya del horizonte contra la que se recorta su figura de vagabundo. O para ser más precisos: el talante que se destila de la obra de un escritor - como se desprende cierto aroma de una hoguera - supone un aspecto fundamental para su entendimiento más hondo. Existen escritores complacidos y escritores incómodos en su propia piel, escritores cínicos y escritores de candorosa rectitud, escritores mefistofélicos y escritores angelicales, escritores aquiescentes y escritores de la negación drástica; escritores funéreos y escritores de celeste vitalidad. Lo más probable es que existan tantas clases de escritores como escritores mismos, porque la naturaleza de verdadero escritor se alcanza cuando se obtiene la condición de individuo, de hombre con voz propia, y cada hombre, cada individuo, si tienen algo que de-

cirnos de viva voz, representan un universo que debe tratarse por separado y sin generalizar. Ahora bien, en todos y cada uno de los casos, de sus obras exhala un perfume: de amargura o de beatitud, de rencor o de simpatía hacia el mundo. Aunque esa exhalación, en definitiva, no pueda suponer más que un homenaje para la vida y los hombres, porque no hay obra sobre la tierra que no represente un canto a la aventura humana. Por más que un artista se proponga el descrédito y la abominación de la existencia, sus injurias poseen substancia de rezo. Se *quiere* demoler, pero no se *puede*: el arte constituye un añadido, una edificación. Se aspira a mostrar repugnancia, pero se manifiesta la pasión del amor decepcionado. El desencanto representa una forma melancólica de la euforia. El ser humano, en definitiva, no tiene más capacidad que la de testimoniar su grandeza y su locura. Incluso la mayor parte de las religiones y las filosofías, que niegan la existencia en beneficio de otro mundo mejor, de una verdadera realidad más allá de lo aparente, elevan su homenaje hacia la vida estricta, porque no son más que quimeras surgidas de ella, fábulas de ruido y furia, ficciones de la poquedad y el esplendor de nuestra inteligencia. De la misma forma, el desapego y la animadversión de tantos y tantos escritores hacia sus ciudades se erigen hoy como atributos de esas ciudades mismas, y en la distancia, libres de la mayor parte de la amargura primigenia que originó esos retratos, significan también su patrimonio sentimental.

La mirada de amor o de reconvención con que los viajeros y los sedentarios se han asomado al mundo formaría de por sí una infinita historia del arte. En la cultura frecuentamos miradas de ciudades: de paso y de adopción, de nacimiento y de exilio, de guerra y de paz, del atlas ilustrado y de la geografía de ninguna parte. Qué curiosos y extraños los amores y odios de algunos escritores hacia su ciudad. (Y todo el mundo tiene *su* ciudad, lo sepa o no, lo quiera o no, lo niegue o no; tal vez más la posea, o se encuentre poseído por ella, cuanto más la niegue, cuanto menos la ame, cuanto menos lo sepa.) Joyce, que se pasó la vida fuera de Dublín, y que afirmaba odiarla, se propuso escribir un libro que sirviese para su minuciosa reconstrucción, en el caso de que un cataclismo la asolara. Pla visitó medio mundo, y escribió un mundo sobre todo lo que visitó, comió, leyó y escuchó, pero su acidez y lejanía sólo se disipan al hablar de cierto sector del Ampurdán, - *el país*, como él lo llama -, un paisaje que sólo se abarca por entero en los miles de páginas que le dedicó, y que respira más en su prosa diáfana que en el mar y la tierra que fueron su inspiración. Borges mitificó un Buenos Aires remoto que ni en el remoto pasado había tenido lugar, y le fue fiel a sabiendas de su inexistencia, o precisamente por eso. Navokov padeció el exilio desde su adolescencia, pero no abandonó jamás San Petersburgo, o más en concreto Vyra, la finca solariega de su familia, la ciudad de su infancia para siempre. El capitán Burton, que quizá fue el más indómito viajero ilustrado de todos los tiempos, sintió que su ciudad estaba en ninguna parte, en el mismo transcurrir del viaje. Bruce Chatwin, que tal vez fue el más indómito fabulador de sí mismo tras las huellas de Burton, fundó su ciudad en la urgencia de viajar para escribir que viajaba, en la patria de la literatura, que quién sabe si no es la única de las patrias y la única ciudad a las que pueden rendir culto

los escritores. Cernuda nació en Sevilla, y la guerra civil lo desterró a otras ciudades de Inglaterra, Estados Unidos y México, de las que abominó con frecuencia, porque no estuvo nunca en casa, ni podía haberlo estado jamás, ya que se sintió por siempre ajeno al mundo, huésped imposible en la imposible ciudad de la juventud y el amor.

El inventario de las relaciones sentimentales entre los escritores y la ciudad resulta infinito, y constituye un amplio capítulo independiente de la memoria del mundo, o al menos de la memoria del mundo literario, que para nosotros, los apestados de literatura, representa buena parte de la mejor realidad.

Caigo en la cuenta de que no poseo una idea certera de cuál es mi relación afectiva con Valencia. Abrigo juicios confusos y, sobre todo, confusas sensaciones sobre mil y un aspectos de entre los infinitos que constituyen la ciudad. Pero nunca, salvo ahora, he tratado de urdir una apariencia de orden en ese desconcierto de los sentidos, la inteligencia y el corazón. De manera que mi baraúnda sentimental no conduce a parte alguna, no existe en su recto significado, porque sólo aquello que se traslada a la escritura adquiere naturaleza de pensamiento. Hasta que no aplicamos a nuestras vaguedades de la imaginación el método de la palabra escrita, los preceptos penitenciarios de la sintaxis - y que también representan su salvoconducto -, nada adquiere consistencia. Nuestros fárragos sobre la ciudad sólo obtienen carta de ciudadanía cuando se les aplica la tersa disciplina de las palabras dispuestas una detrás de otra. No se trata de que no existan las ideas fuera de los renglones que las sostienen en pie, sino de que no poseen su forma definitiva, y todo lo que carece de forma, en el ámbito de la razón, también carece de fondo, porque son una y la misma cosa. Todo cuanto no se somete al régimen de las mayúsculas y las minúsculas no ha acabado de nacer, se encuentre *pre-concebido*, pero no ha madurado hasta su mejor circunstancia: la concepción. El signo lingüístico puede que posea naturaleza oral, pero el auténtico signo pensante tiene genio gráfico. La capital de nuestros anhelos y desventuras, de nuestros desmanes y alegrías se funda mediante la primera letra capital con que rompemos a escribir.

Me imagino que durante mi adolescencia, si hubiese tenido que organizar el desbarajuste de mis intuiciones, habría dicho que Valencia me gustaba poco. La adolescencia, entre los períodos de estupidez transitoria que atraviesa el hombre, tal vez sea el de más peligro, porque no sólo ignora su estupidez, sino que incluso suele considerar que sabe algo. (Los niños son sabios de no saber - ni saben ni lo necesitan, porque gozan de pura alegría -; los adultos son sabios de ignorancia - saben que no supieron y que ya no sabrán; y los viejos son ignorantes de sabiduría - ignoran si saben o si dejan de hacerlo, pero les da lo mismo, porque se aferran a la vida con la tenacidad de los animales infantiles.) Cuando uno es joven, además, suele serlo demasiado, y en esa demasía existen ciertas obligatorias piedras con las que tropezar. No importa que nos lo adviertan y que nuestros mayores nos aconsejen, porque así como

no existe el pensamiento que no tropieze con la escritura, no hay tropiezo que valga si no lo sufrimos en nuestra propia carne. Y la carne adolescente se afirma para la vida desoyendo los consejos y las advertencias, entre los distintos modos de afirmación que su edad requiere.

La desinformada juventud representa una etapa de avidez, y el hambre, que suele ser mala consejera, necesita víctimas, materia de deglución: los padres, la disciplina, los valores adultos, la ciudad propia.

Supongo que el joven que fui rechazaba Valencia sin una causa determinada; más bien porque consideraba que el rechazo por sistema constituía la mejor de las causas. “No importa de qué se trate, simplemente opónte”, había sentenciado Humphrey Bogart, y yo lo había leído, aunque no supiese por entonces quién lo había dicho, y lo que resultaba más inquietante: me figuro que lo había creído, porque los sofismas son pura adolescencia verbal, falsedad infantil de las palabras, para temperamentos que no han terminado de crecer.

Sin estar demasiado seguro de lo que pensaba en aquellos días, creo que Valencia me resultaba pequeña, en sentido físico y espiritual. No porque lo fuese, sino porque mi antigua pequeñez carecía del espíritu suficiente para valorar las cosas cercanas en su debida proporción. La *escala*, la *perspectiva*, significan dos magnitudes imprescindibles en el acomodo del temperamento, y la juventud tarda en adquirir destreza en su manejo. Hubo un tiempo - que ignoro si supone o no un obligatorio sarampión del carácter - en que me apeteció soñarme como un viajero perenne, siempre de ciudad en ciudad, nunca por demasiado tiempo. Los versos finales de “Peregrino”, el magnífico poema de Cernuda en *Desolación de la Quimera*, me los recitaba como un mantra personal: “Tus pies sobre la tierra antes no hollada/ Tus ojos frente a lo antes nunca visto”. No sabía que por más que se mira lo que se tiene delante de los ojos, no se dispone del tiempo suficiente para comprenderlo, ni que lo hollado una y mil veces permanece misterioso a nuestros pies y a nuestra conciencia. Pero eso suena en otra canción, que no sabía por entonces tararear.

Lo natural resultaba querer ser vagabundo, apátrida, veraneante eterno, qué sé yo lo que resultaba natural en aquella otra vida... ¿Quién no ha querido vivir en un inconcreto París de la absenta y la bohemia? ¿Acaso se puede haber sido joven, sin haberse soñado, entre brumas, expedicionario en África? ¿Se puede amar el arte y no haber aspirado en los recovecos del corazón a volver a nacer en Italia? Candorosas vaguedades de sedentario perpetuo y turista ocasional que no puede adquirir otra máscara distinta a la que ya posee.

Hoy amo Valencia - una de las Valencias posibles, entre las infinitas probables - con prudente insensatez, valga la paradoja sentimental. Sin hacer aspavientos ni promover escándalos patrióticos, sin levantar la voz ni entonar himnos, pero con la secreta conciencia de poseer

un privilegio, como creo que debe querer el corazón maduro: de puertas para dentro de su intimidad. Aunque también agradezca la ocasión de poder decirlo en público con la sordina de este homenaje. Por fortuna, el amor se nutre de su entera carne, persigue a su propia sombra y a sí solo se canta.

Mi insensatez prudente del amor hacia lo propio significa que amo el paisaje en el que he nacido a la vida, he despertado al mundo y he dejado crecer algunas de mis raíces más profundas. Pero si ese lugar hubiese sido otro distinto en las antípodas, también lo amaría de la misma forma, por las mismas razones. Esa manera de amor, por lo tanto, excluye cualquier orgullo de tinte presuntuoso, y necesita mirarse, para crecer, en mil lugares distintos, arraigar en mil tierras diferentes, aunque sólo sea de manera imaginaria. Porque sospecho que sólo podemos ser, por más que aspiremos a sentirnos ciudadanos espirituales del universo, de ese rincón de nuestro primer despertar. Max Aub - valenciano, parisino y errante - acuñó un proverbio de aparente validez universal: “Se es de donde se ha estudiado el bachillerato”. Lo que equivale a decir que somos de allí donde nos hemos hecho hombres, donde nos hemos abierto a la existencia. Pero, como sucede con todas las máximas inteligentes, se podría argumentar en contra con absoluta justicia. Los latinos dijeron: *Ubi libertas, ibi patria*. Donde la libertad, la patria. Tal vez seamos nada más que de allí donde hemos sido felices: *Ubi amor, ibi patria*. Lo que ojalá signifique que podamos ser de no importa dónde. En realidad, para que una ciudad o un país existan por encima de la apariencia geográfica, basta con que amemos allí a una persona. Puede que los países y las ciudades sólo existan en su realidad mejor, si amamos en ellos a alguien, pero que mientras tanto pertenezcan al género de las abstracciones geográficas.

Entre las concretas razones que encuentro para amar Valencia, una de las mayores consiste en el carácter de su luz. Aunque para algunos sonará a bizantinismo, creo que posee, junto con Alicante y Murcia, el equilibrio elemental de la luminosidad mediterránea. Almería tiene ya luz africana, resplandor y sequedad del Magreb, y de Tarragona en adelante la luz se ennortiza, se nubla de forma casi imperceptible, se humedece de soplos continentales. Porque la luz no puede juzgarse sin la compañía del aire en el que se propaga, y en esa franja se produce una conjunción única que da lugar a la luz *adamantina mate*. Sin la refulgencia cegadora de más abajo, y sin el esplendor de leve turbiedad de más arriba. Valencia, incluso, tiene una luz distinta a la de Alicante y Murcia. En Murcia, su condición interior, sus presagios desertizantes enblanquecen la luz. La mayor calidez del aire, en Alicante, resta a la luz algunos de sus mejores amarillos, de sus dorados más redondos.

Cuando hablo de la luz, lo cierto es que me refiero nada más que a la de la ciudad, porque para resultar precisos en cuestiones lumínicas, especialmente a orillas del mar, habría que diferenciar entre infinitas luces valencianas. No se parece el fulgor de Jàvea al de Canet, ni el

de Canet al de Moraira, pero esas distinciones las dejaré para una futura *Crítica de la razón radiante*.

Si el aire y la luz adquieren importancia es porque representan las dimensiones plásticas del horizonte, donde se inscribe el paisaje, y el paisaje es a su vez donde están inscritas las vidas de los hombres. Desde el punto de vista espiritual - plástico, filosófico, que nada tiene que ver con su análisis atmosférico -, el aire de valencia mezcla en una proporción adecuada la sal marina, los vapores de las sierras cercanas - sobre todo de la Calderona y de Espadán - y los tenues efluvios del azahar. El hecho de que buena parte de la ciudadanía no sea capaz de distinguir todos esos componentes por separado no invalida la composición del conjunto, como no invalida el aroma de un perfume la circunstancia de que casi nadie sepa diferenciar sus ingredientes. El azahar se encuentra en el fondo del aire de Valencia con la misma intensidad química y mitológica con que el ambar gris forma la esencia de las esencias mejores. No se trata de las embriagadoras vaharadas de los naranjos en flor, sino de una liviana invasión de su fragancia, que se incorpora al aire desde finales de abril hasta bien entrado julio. Resulta más fácil de percibir en las noches templadas, en especial para los desvelados y los melancólicos, y quienes lo disfrutan y lo padecen a la vez se ven impelidos al pensamiento trágico, es decir, a aquel que celebra la vida de manera incondicional, con toda su carga de alegre belleza absoluta y de triste sinrazón.

El temperamento de los valencianos, que no existe - porque no existen los caracteres nacionales, ni las esencias patrias, ni el genio del lugar -, en sus infinitas manifestaciones, incorpora un elemento verdadero de tónica indolencia, de verdadera conformidad flemática. Se debe a la luz, el aire y el paisaje, y a su encarnación alimentaria: la dieta. No somos en menor medida lo que comemos que aquello que pensamos, hacemos y soñamos. Incluso resulta sensato considerar que soñamos, hacemos y pensamos según comemos. El animal que alimentamos y que nos alimenta se constituye conforme a su dieta diaria. Se puede suscribir, sin adhesiones inquebrantables, que en la investigación de la psicología de los valencianos se ha hallado una tenue pátina de bonhomía propia de los pueblos consumidores de arroz, pescado, aceite de oliva, ajo, vino y frutas. Nadie que ingiera esa clase de manjares puede sentirse inclinado por siempre a la desesperanza ni a pretender cada cierto tiempo invadir países vecinos, de igual forma que ningún pueblo que se alimente de mantequilla, cerveza y cerdo semicrudo está exento de las ansias imperiales y de la tentación de los grandes sistemas del pensamiento abstracto. Las digestiones y sus consecuencias edifican la historia de los hombres particulares, que a su vez levantan el particular edificio de la Historia.

La historia de cualquier ciudad se confunde con la historia de sus edificios, pero también con la de sus desapariciones. Como el flujo del tiempo presente incluye en un único latir todo el pasado y prefigura el completo futuro, el movimiento perpetuo de la ciudad de Valencia

arrastra en su caudal la ciudad que ha sido y la que está por venir. La historia de cada uno de nosotros está moldeada con nuestros logros y con nuestras pérdidas, con nuestras obtenciones y con nuestras ruinas. En mi Valencia particular, lo que existe lo hace en buena medida por lo que dejó de existir, y ocupa su lugar del pensamiento, incólume y siempre recomendado. Todavía vislumbro fantasmales tranvías delante de la mole de mi viejo colegio de los Padres Dominicos, en la Gran Vía del Marqués del Turia, con aquella imponente fachada que tutelaban dos torreones con cubiertas a cuatro aguas. De vez en cuando espero al trolebús con parada en Joaquín Costa, anhelando ver la bufanda de mi padre entre el tumulto de viajeros. En Casa Balanzá, bajo su marquesina de hierro colado, aún como de vez en cuando el único ejemplo sobre la tierra de las empanadillas platónicas de atún y huevo duro. Asisto a la sesión continua de muchos cines demolidos - el Coliseum, el Goya, el Lauria, el Suizo -, donde me aterrorizan los bigotes del genio del Mal, Fú-Man-Chú. Aunque todavía exista la librería Viridiana, cuando compro un libro lo sigo haciendo en su desaparecido local del Pasaje Artis, en cuyo sótano silencioso me internaba con la emoción y la alegría de quien desciende a la gruta de los perfectos iniciados, para recibir el secreto alquímico de la felicidad.

En una reflexión apresurada, se podría pensar que estoy llevando a cabo un canto a la melancolía; pero no me guía la nostalgia. Sólo se puede añorar lo que se considera perdido para siempre, lo que se juzga muerto. Hoy estoy más cerca de creer en el tiempo como una corriente de transformaciones que coexisten, en donde nada es del todo ni puede dejar de ser por entero. Con las infinitas manifestaciones ocasionales de la realidad ocurre algo semejante a lo que sucede con los infinitos edificios de las ciudades: las piedras de los muros que hubo son los muros de lo que hay, que a su vez anuncian las piedras de lo que habrá. No puede darse la nostalgia radical en quien siente la radical presencia de la vida, que resuena en un inaudible acorde único y múltiple.

En la unidad y multiplicidad de esta Valencia inexistente, quiero deambular, deambularme, entre algunos de mis paisajes predilectos, que como la energía, ni se crean ni desaparecen, sino que permanecen en perpetuo estado de modificación. No resulta una fórmula disparatada para definir una ciudad: energía en movimiento, fuerza en marcha, de carácter moral, físico, técnico, artístico. La inquietud que no cesa ni puede hacerlo nunca.

Mi selección aleatoria de lugares felices sólo contempla un rasgo en común: su completo carácter arbitrario. La arbitrariedad constituye uno de nuestros pocos atributos fatales. El azar representa la gran divinidad a la que nos encomendamos, aunque ignoremos que nos encomendamos a una divinidad. Creo que resulta justo reconocer que nuestra tabla de valores sentimentales, si la sometemos a la luz pública, consiste en un desbarajuste de apreciaciones que no admiten fundamento alguno. Ni lo necesitan, porque si algo está eximido de poseer fundamento, es nuestro catálogo de apreciaciones sentimentales. Nos conduce la

desproporción, y por eso nos importa más una calleja de un pueblo remoto, si lo consideramos nuestro, que las tres cuartas partes del mundo conocido. Rendimos culto antes a ese ejemplar manoseado de nuestro autor de cabecera que a la Biblioteca Nacional de no importa dónde. Un insensato objeto de familia nos une a la materia con mayor fuerza que una cordillera inalcanzable. Nos incumbe en mayor medida la vieja higuera sedienta de nuestros paseos infantiles que las selvas amazónicas. Y es que la justicia del corazón se atiene a la extrañeza como única ley.

En mis legislaciones sin finalidad, me marchó a pasear por el viejo cauce del Turia, que constituye un mundo en sí mismo. Testimonia, cuando me paro a pensarlo, la grandeza y la locura de la vida humana, su metáfora más honda: que donde había un río de aguas bronceadas haya hoy un jardín. Cuando hace años se discutía acerca de la utilización del viejo cauce, un genio del urbanismo - esa profesión para la que cualquiera puede presentar credenciales, lo mismo un filósofo que un historiador, un arquitecto que un promotor inmobiliario - propuso construir en el antiguo lecho del Turia una autopista de varios carriles, para solucionar los problemas de tráfico que Valencia tendría en el siglo XXI. Aunque parezca increíble, se hizo caso omiso a semejante insensatez, y hoy podemos alegrarnos con la paradoja de caminar sobre las aguas de un río inexistente que atraviesa Valencia.

Hay quien considera que las ciudades deben contemplarse a vista de pájaro - lo cual posee su encanto innegable. Algunos juzgan que la mejor distancia para observar el mundo se adquiere montado a caballo, y no les falta razón. Pero en Valencia disfrutamos de la mirada de la ciudad a vista de pez, desde el cauce, unos metros por debajo del rasero de sus edificaciones. La mirada aérea tiende a la analogía, generaliza en virtud de su perspectivismo, gana en amplitud porque suprime diferencias. El hombre a caballo, sin dejar de ser hombre ni conseguir ser caballo, se centauriza, se sienta sobre el paisaje, se agiganta con respecto a las cosas. A pie, el espectador resulta humano por entero, en lo que dicha consideración tiene de gloria y de ineptitud. Pero a vista de pez se adueña de la visión recóndita, del panorama secreto, empobrece los límites del horizonte para enriquecerse en la novedad insólita de lo cercano.

Desde el cauce cobran su extraña belleza estéril las chimeneas de la vieja alcoholera que se levantan frente a Monteolivete, estalagmitas de ladrillo rojizo que despiden, en medio de ninguna parte, sus irreales humaredas blancas. Cuando las observo en la distancia subacuática, comprendo que están ahí para enseñar a los paseantes inadvertidos la mejor lección del arte por el arte, que consiste en añadir al mundo algo de excelsa inutilidad imprescindible.

Para juzgar el esplendor de los puentes - pura poesía geométrica, delirio espacial de la aventura humana, que tiende un camino donde no se puede, y que instaura algo donde nada había - se requiere no sólo verlos a lo lejos, sino sobre todo discurrir bajo sus arcos, investirnos

con una gota del fluir mismo del agua. Los ojos de los puentes necesitan que el ojo humano se licue. Mi favorito en el cauce es el del Real, con su curvatura pétrea de espinazo fósil. Me resulta siempre un descubrimiento atravesar sus arcos centrales y dejarme sorprender por los pretilos del río, la fachada del Museo de San Pío V y su cúpula de tejas vidriadas que Manuel Portaceli devolvió al perfil de la ciudad, como un fanal azul para los caminantes solitarios (porque nada desaparece para siempre, y todo vive al tiempo, en algún lugar, por el eterno retorno de lo mismo).

Con la misma razón ineluctable con que las aguas de no importa qué río desembocan en la mar, los merodeos de mi vagabundia, más tarde o más temprano, acaban en el Puerto. Para los sedentarios de tierra firme, aunque vivan a la orilla del agua, el espectáculo de los barcos constituye una promesa imperecedera. Los planetas portuarios pertenecen a una civilización ciclópea, a un universo de gigantes que aterriza y fascina por igual. Encierran, al mismo tiempo, el enigma de por qué los barcos flotan, que ningún Principio de Arquímedes termina de explicar, por mucho que la Física pretenda convencernos. En la rada donde desemboca la Avenida se encuentra el edificio de Aduanas, una gota de arquitectura parisina lejos del Sena. Si hubiese cundido por medio mundo la extravagancia de imitar la sobria simetría de esas construcciones con pizarra y mansardas, nuestras ciudades serían un lugar mucho más bello, y nosotros quizá un poco mejores individuos, porque la belleza y la cultura algo amansan a nuestra bestia del temperamento.

Dejarse ir junto a los tinglados, entre las grúas de acero, con rumbo a la escollera, tiene mucho de viaje iniciático. El faro del rompeolas, como todos los faros, insufla en quien lo ve un aire de fin del mundo, de límite de lo explorado. *Más allá hay dragones*, decían los mapas antiguos, a partir de las líneas ignotas de la cartografía. En la rompiente de las aguas contra los inmensos cubos de hormigón, dispuestos como si se tratase de una confusa tirada de dados, adivino siempre un designio amenazante que me repele y seduce. Desde allí se atisban las bateas de mejillones, con sus invisibles ristras de conchas negras, consagradas a filtrar el agua y a arracimarse como cálculos las unas contra las otras. Si resulta evidente que cualquier episodio de lo real, a la luz de nuestro hipotético microscopio, se transforma en un fenómeno mágico, todo lo que respira bajo las aguas posee una doble naturaleza cabalística.

Igual que cuanto nos aguarda, respirando, en la pecera apócrifa de los escaparates. Los comercios de la ciudad representan respecto a su paisaje urbano lo mismo que las lonjas en relación a los puertos marítimos. Para los paseantes a la buena de Dios, las vitrinas de las tiendas constituyen islas afortunadas, tierras de promisión en donde se produce el asombroso espectáculo conjunto del acopio y del orden aparente. Sin ultramarinos, sin librerías, sin farmacias, sin estancos, sin almacenes de muebles, sin consultorios médicos, sin cafés, sin talleres mecánicos, sin imprentas, las ciudades no se llamarían así, sino pueblos,

o campo abierto. La ciudad moderna se instituyó menos en el momento en que se trazó su plaza mayor que cuando un comerciante dividió el mundo con un cristal en dicha plaza: a un lado del escaparate, la armonía y el concierto de las provisiones almacenadas; al otro, el alboroto y la avidez de los ciudadanos. Me alcanza la mística de los escaparates, incluso su exacerbado misticismo. ¿Quién no ha peregrinado a alguna tienda, de la esquina de casa o de la esquina más alejada del mundo, en busca de un capricho que lo magnetizaba con la fuerza de atracción de varios soles? ¿Quién no se precia de conocer un tenducho hechizado que nadie más conoce, en una revuelta de la medina del mundo? Un sabio que no fuese capaz de improvisar un discurso interminable acerca de sus mercados predilectos debería de ser tenido por un farsante, por un estafador de la juventud, y ser condenado al ostracismo, después de haber sido expuesto a la vergüenza pública.

Estas imprecaciones me hacen caer en la cuenta de que mi discurso lleva camino de convertirse en interminable, sin por ello haberme granjeado la distinción de sabio. Caigo en esa cuenta y en que llevo contado más de la ídem, pero no me cuadran las de Valencia, las cuentas infinitas de su collar. Aún no he dicho ni una palabra, y debo poner fin, que no es decir la palabra última, que ni la dice nadie, ni nadie la conoce, para nuestra fortuna de ciudadanos errantes y errátiles. Las ciudades se desvanecen cuando se nombran; Valencia se esfuma cuando se explica. Aún no he dicho nada de la estatua de Teodoro Llorente, con su perfecto caparazón calcáreo de cagadas de estorninos y palomas. No he dicho nada de la pasión incendiaria de mis conciudadanos. Ni del mármol alucinatorio de la puerta del Palacio del Marqués de Dos Aguas, ante la que posó en la guerra civil el intrépido Malraux, disfrazado de aviador intrépido. Ni de los ficus del Parterre, con sus raíces aéreas y su pomposidad de índole prehistórica, que nos recuerdan que somos el mismo hombre que pintaba bisontes de sangre en las cavernas, para convocar la fortuna predadora. No he dicho nada del Balneario de las Arenas, con sus muros de azul cobalto herrumbroso, y habitado por los fantasmas errabundos de los veraneantes perdidos, como acaban por estar todos los balnearios de la tierra. Ni del Rastro, ni de los anticuarios de la calle Comedias - que albergan, por consiguiente, un teatro dentro del teatro, en el gran teatro del mundo -, ni de los buñuelos de pasta blanca que se fríen en el borbotear del aceite hirviendo, ni de la música pluvial con la que bailan los patos de hiezo fundido de la Plaza de los Patos, cuando llueve en paz sobre la ciudad. No he dicho ni una sola palabra de la China, que al parecer guarda curiosas similitudes con Valencia, como sucede con el delirio arrocero, con la pasión de la pólvora, con los peinados femeninos de postizos y agujas, con las puestas de sol en las marismas, y, por descontado, con las naranjas. Las naranjas de la China y de Valencia constituyen un extraordinario asunto de divagación, pero deberá quedar en suspenso hasta que redacte una futura *Crítica de la razón frutal*.

La China es un magnífico paisaje valenciano para estar perdido. Valencia es el oriente al oriente del Oriente, adonde conducir los pasos de un vagamundo ocasional.